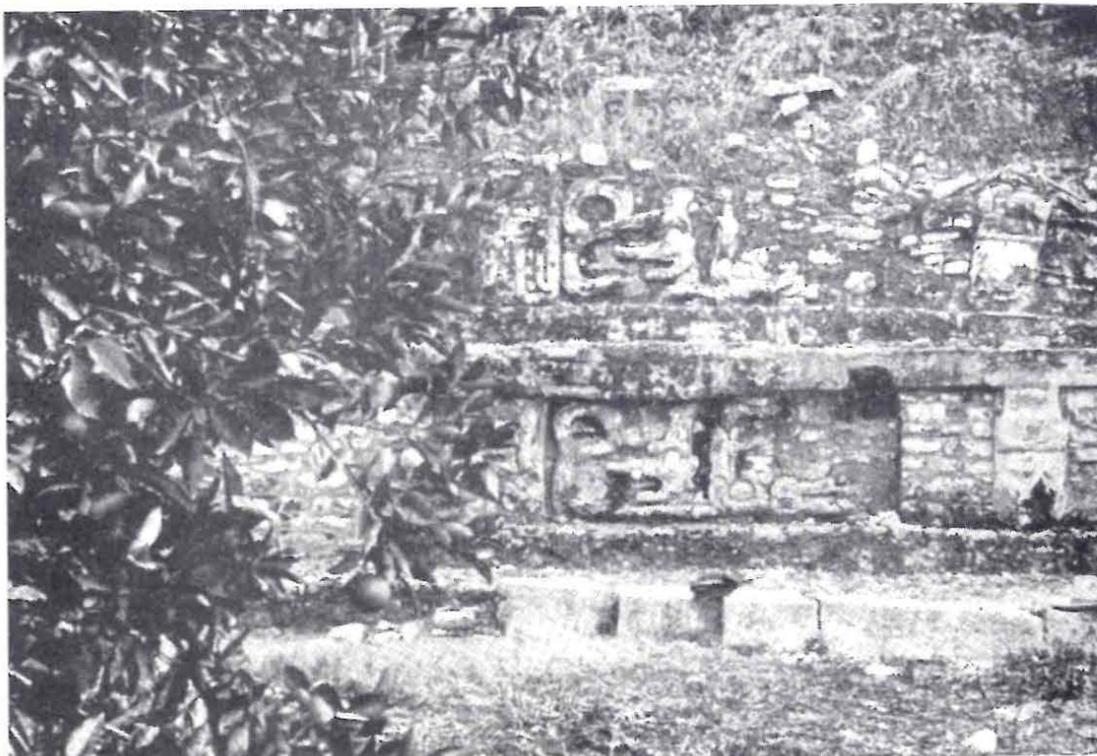


Visitando las ruinas *

Graham Greene



Cuando Greene visitó Palenque, en 1938, los edificios de la ciudad no habían sido consolidados y la vegetación, que había sido desalojada por los exploradores previos, nuevamente crecía sobre ellos. Esta foto de la fachada norte del Palacio fue tomada por el arqueólogo Miguel Ángel Fernández poco tiempo después de la visita del escritor inglés, hacia el año de 1940.

El destino me había conducido de algún modo hasta Palenque, y por lo tanto decidí que ya que estaba me convenía ir a ver las ruinas; pero fue una estupidez, después de esa larga cabalgata y de esa noche febril, ir a verlas a la mañana siguiente. Y también fue una estupidez salir tan tarde, a las siete, porque ya eran casi las nueve y media cuando llegamos, y el sol tropical ardía. No era tanto la rigidez muscular lo que ahora me incomodaba; era una sensación de fiebre, una náusea incontenible, sin energías para vomitar; un deseo de acostarme y no volver a levantarme nunca más, una sed continua. Traté de conseguir un poco de agua mineral para el viaje, pero nuestras compras del día anterior habían limpiado ya las tiendas, y sin embargo, aunque ni me lo imaginaba, estaba en uno de esos pocos lugares de México donde el agua es potable. En todas partes había manantiales; cuando ascendíamos por la selva espesa y calurosa, los veíamos centellear entre los árboles, caer en diminutos torrentes, extenderse,

como un arroyo de Devon, sobre las piedras de algún pequeño claro. Pero no la bebía; me reducía a contemplar con enfermiza envidia las mulas que se hartaban de agua, temiendo que los arroyos hubieran sido contaminados aguas arriba por el ganado, como si alguna especie de ganado pudiera vivir en esa selva espesa; pasamos junto al esqueleto blanqueado de alguien, al lado del sendero.

Así inicia siempre uno sus viajes por los países desconocidos: al principio tomando demasiadas precauciones, hasta cansarse del esfuerzo y abandonarlas justo en el peor momento. Cómo odiaba a mi mula, que bebía donde yo quería beber, y masticaba todo el tiempo, como el dentista norteamericano, deteniéndose a cada paso de su ascenso por la montaña para arrancar un bocado de hierbas. Nadie había abierto todavía en forma el camino a Palenque; a veces el guía tenía que abrirse paso con el machete, y al final el sendero subía con una pendiente vertiginosa; no puede haber sido

* Extracto de la obra de Graham Greene *Caminos sin Ley*, CONACULTA, México, 1996. Agradecemos a Arnoldo González la sugerencia de incluir este texto en nuestro boletín y el habernos facilitado dicha obra.

menos de sesenta grados. Yo me sostenía del cabezal y dejaba que la mula se las arreglara como pudiera; de todos modos, ya no me importaba nada. Y luego, por fin, a dos horas y media del pueblo, aparecieron las ruinas.

Yo no había estado nunca en Chichén Itzá, pero juzgando por las fotografías las ruinas de Yucatán son inconmensurablemente más majestuosas que las de Palenque, aunque supongo que si a uno le gusta la naturaleza salvaje el paisaje de Palenque es más hermoso; sobre una gran meseta circular, en la mitad de la ladera de la montaña, entre la selva que desciende vertiginosamente de un lado hacia la llanura y asciende casi vertical del otro, en el claro propiamente dicho, no hay más que unas cuantas chozas de indios, malezas y piedras y grandes amontonamientos de cascajo coronados por unas ruinas de un solo piso, de roca gris, tan gastadas por el tiempo que ya tienen formas de líquenes y parecen más vegetales que minerales. Y nada de sombra, en ninguna parte, hasta que uno se trepa por las empinadas pendientes que se desmoronan, y se inclina para entrar en los oscuros y frescos cuartitos como baños donde se han formado algunas estalactitas, y donde sobre algunas piedras hay

ciertos arañazos tenues que ellos llaman jeroglíficos. Al principio uno sólo advierte uno de esos templos o palacios, ubicado en medio del claro sobre su pirámide, que al parecer no es mucho más impresionante que una granja de piedra en ruinas en las proximidades de Oxford; pero luego uno mira en torno, y esforzando la mirada, empiezan a surgir, emergiendo oscuramente de la selva, tres, cuatro, cinco, seis, no sé cuantas de esas roídas reliquias. No hay obras de restauración de ningún tipo, y uno las ve a punto de ser nuevamente devoradas por la selva; se asomaron un minuto, con sus viejas caras arrugadas, y pronto volverán a desaparecer.

Bueno, yo había dicho a todo el mundo que estaba en Chiapas para ver las ruinas, y ya las había visitado; pero no sentía ninguna urgencia por verlas, y tampoco tenía fuerzas para subirme a todas esas montañitas y mirar el interior de esas cámaras frías y viperinas; sólo vi dos. Pensé que estaba a punto de desmayarme; me senté en una piedra y miré en torno: árboles, solamente árboles, uno tras otro hasta donde se perdía la vista. No me parecía un país donde se pudiera vivir, con ese calor y esa desolación; era un país donde sólo se podía morir, y dejar ruinas tras de sí. El año pasado hubo más de doscientos terremotos



En 1938, el Templo de las Inscripciones estaba totalmente cubierto por la selva. Quizá su aspecto no era muy distinto al que presentaba en 1877, cuando Teobert Maler tomó esta imagen de tal edificio.

en la ciudad de México...Uno contemplaba el futuro, mientras contemplaba el pasado.

De alguna manera conseguí bajar hasta el pie de la elevación, y vi que mi guía se alejaba con el indio que cuida el lugar hacia otro palacio; no pude seguirlos. Con un esfuerzo que me parecía espantoso, conseguí mover las piernas y me volví a los jacales de los indios; una especie de obstinación me desbordó en medio de la fiebre: no visitaría las ruinas, no volvería a Palenque, simplemente me acostaría y esperaría, esperaría un milagro. La choza indígena no tenía paredes; era simplemente un techado de ramas, con una o dos gallinas que rascaban el polvo, y una hamaca y un cajón. Me acosté de espaldas en la hamaca, y me quedé mirando el techo; afuera, según afirmaban las autoridades, estaban el templo de las Leyes, el templo del Sol, el templo de la Cruz de Palenque. Yo ya sabía dónde podían meterse todos sus

comprensión.

Muy desgadamente, muy lentamente, me arrastré unos cuatro metros hasta otra choza abierta, y otra hamaca. Una joven indígena, con grandes aretes de plata y rostro feliz y sensual, empezó a preparar atole; un líquido claro y gris, como una bebida de abstemios, que no hace mal. Sin mayor esperanza, propuse al guía:

¿Por qué no quedarnos a dormir aquí?

Ya sabía qué me contestaría: los mosquitos; era una persona habituada a las comodidades. Volvió a evocar el sueño del alemán y su hija simpática; yo seguía tendido de espaldas, incrédulo. La finca, decía, estaba a poca distancia de Palenque. Iríamos al anochecer, con el fresco. Seguí bebiendo atole, taza tras taza. Supongo que tendría algún efecto tonificante, porque recuerdo muy vagamente que de pronto pensé: "Oh, demonios, si tengo que

“En unas pocas semanas uno se acostumbra a la idea de vivir o morir en los ambientes más extravagantes. El hombre posee una adaptabilidad aterradora”

templos... Y más lejos, todavía, estaba Inglaterra. No tenía ninguna realidad. En unas pocas semanas uno se acostumbra a la idea de vivir o morir en los ambientes más extravagantes. El hombre posee una adaptabilidad aterradora.

Supongo que me quedé dormido, porque de pronto vi que el indio y el guía me contemplaban. Advertí que el guía estaba preocupado. Se sentía responsable, y eso no le gusta nada a ningún mexicano. Es como un miembro útil, nunca usado, del que se han habituado a prescindir. Dijeron que si me trasladaba a la otra choza me conseguirían un poco de café. Sentí que era una trampa: si lograban que me moviera, podrían hacerme montar nuevamente en esa mula, y entonces se repetirían las dos horas y media de cabalgata hasta Palenque. Una hora había perdido todo sentido para mí; era como una cifra, que expresaba una cantidad demasiado grande para la

enfermarme gravemente, da lo mismo que me enferme en el pueblo, donde este maldito guía no me molestará...” Me trepé a la mula, y una vez encima resultaba tan fácil seguir allí sentado casi como estar tendido en la hamaca; me reduje a aferrarme del cabezal, y dejar que la mula se encargara de lo demás.

Nos deslizamos lentamente hacia la llanura, resbalando en las raíces de los árboles. Yo estaba demasiado exhausto para sentir temor. Y cuando de algún modo llegamos, me caí de la mula, me dirigí directamente a la hamaca del maestro y me acosté. Lo único que deseaba era no moverme. El maestro regordete y afable se sentó en el umbral y sostuvo una conversación filosófica con un campesino que pasaba.

—El sol es el origen de la vida — decía, señalando hacia arriba con un dedo.



Greene supuso que los edificios de Yucatán eran más monumentales que los de Palenque. Trabajos de consolidación en el Castillo de Chichén Itzá (1931-1936), a cargo de José Erosa Peniche.

Yo me sentía demasiado mal para pensar en ese momento en los maestros de escuela de Rivera, vestidos de níveo blanco, que alzando dedos episcopales bendecían a los niños con esta clase de conocimientos.

—Es verdad. Sin el sol dejaríamos de existir.

Yo seguía acostado, bebiendo taza tras taza de café; los maestros de escuela almorzaban, pero yo no podía comer; me limité a seguir tomando café, para expelerlo nuevamente en forma de sudor. El líquido no tenía tiempo de digerirse; reaparecía por los poros, mucho antes de llegar al estómago. Durante cuatro horas estuve bañado de sudor; era bastante parecido a la felicidad. Afuera, por la calle, no pasaba nadie; hacía demasiado calor para vivir. Sólo se oía el aleteo de uno o dos zopilotes, y el relincho de un caballo en los campos.

Visión del paraíso

La finca existía. Cuando el sol bajó, me dejé persuadir y volví a montar la mula; y allí, del otro lado de una faja de árboles, estaba la finca, a un cuarto de hora apenas de Palenque; frente a un prado inclinado y un arroyo con un puentecito roto, entre vacas que pastaban; mientras vadeábamos el río

divisábamos los naranjos de la entrada; un tulipán en flor, y un hombre y una mujer sentados uno al lado del otro en el portal, en mecedoras; era como estar en Estados Unidos: la mujer tejía y el hombre leía el diario. Era como el cielo (...).

¿**Quieres** recibir Lakamha' como un archivo pdf en tu cuenta de correo electrónico?

¿**Tienes** dudas o comentarios?

Lakamha@hotmail.com

El texto glífico asociado con este personaje lo identifica como *Sajal B'olon Okib'* y establece que era originario de *Ox Te' K'uh*, “(Lugar de) los Tres Dioses-Árboles”, una cabecera provincial palencana que muy probablemente estaba ubicada en las llanuras de Tabasco.



Sajal *B'olon* *Okib'* *Aj Ox Te' K'uh*

El noble luce un tocado cónico y sostiene una bolsa de incienso decorada con la imagen del dios Tláloc, entidad de origen teotihuacano que fue asimilada en el área maya desde el Periodo Clásico Temprano. *Sajal B'olon Okib'* abraza una gran madeja de cuerda, cuyos extremos caen hacia ambos lados. Una cláusula glífica del tablero señala que este noble “tomó la soga” (*k'am tab'*) el 3 de febrero del 734 d. C., sin duda aludiendo a la acción ilustrada en la escena, aunque el resto de la cláusula resulta difícil de interpretar. Es muy probable que esa cuerda ritual haya sido empleada en una ceremonia relacionada con la consagración del Templo XIX, ocurrida 24 días antes, el 10 de enero de 734, y de los templos XX-A y XXI, sucedida dos años después, el 9 de junio de 736 d. C. Entre otros significados, dentro de las creencias mayas la cuerda representó la continuidad entre las generaciones (como imagen del cordón umbilical), el vínculo entre los hombres y los dioses a través de los niveles del cosmos (la *kuxam sum*, “cuerda viva”, de los yucatecos) y un medio de comunicación simbólica con los antepasados.

**Personaje central del Tablero Oeste,
Trono del Templo XIX
Piedra caliza
circa 736 d. C.
Museo de Sitio "Dr. Alberto Ruz L'Huillier"
de Palenque**

